

CAPITULO V.

DE COMO EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA NO ERA CABALLERO, Y DE COMO UNA DAMA PUEDE SER TAN FUERTE COMO BERNARDO EL CARPIO.

I.

—¡Oh, mi buena reina, mi buena madre! exclamó el caballero cuando se hubo alejado su gente; ¡qué estarás pensando de mí, de mí que me alejé de tu lado huyendo! ¡y de qué! ¿Por qué has sido débil? ¿por qué has perdonado al infante don Juan otra vez? ¿por qué sigues mirando en él al hermano de tu esposo, al tío de tu hijo? El infante don Juan no ha renunciado á su ambicion: ¿no te usurpó, ayudado, sostenido por vasallos traidores, tus reinos de Leon y de Galicia? ¿cuándo ha venido á someterse á tí? Cuando puesto de tu parte el rey don Dionís de Portugal por el casamiento de su hija la infanta doña Constanza con el rey tu hijo, amenazaba entrar por Galicia contra el infante don Juan á la cabeza de un poderoso ejército; cuando habiendo comprado la lealtad infame de don Diego Lopez de Haro con el Señorío de Vizcaya, se ha venido á tu bando como el aventurero que sirve á sueldo; cuando Lara se ha venido á tí pensando en tu Señorío de Molina; cuando, en fin, el rey de Aragon

abandona á don Alonso de la Cerda quitándole soldados y obligándole á salir de tus reinos, porque alienta el ambicioso pensamiento de casar á su hermano el infante don Pedro contigo. ¡Ah! esto es el infante don Juan: insolente y tirano cuando se cree fuerte, y sumiso y cobarde y servil cuando se siente débil. ¡Ah! has abierto tu casa á la serpiente; confias demasiado en tu corazon y en la providencia de Dios; yo confio tambien, y sin embargo, he tenido miedo, miedo al amor impuro, á la malvada astucia de ese hombre. Ese hombre siente por mí una pasion del infierno; ese hombre ha traído sobre mí la terrible maldicion de mi padre.

II.

Como ven nuestros lectores, Ciervo-veloz no se habia equivocado.

El caballero del Aguila Roja era la sultana Zayda Fatima.

¿Quién habia hecho fuerte á la sultana? quien hizo fuerte á Juana de Arco y á otras tantas heroínas.

¿Quién la habia trasformado, de delicada dama en bravo caballero? Su corazon y la necesidad.

¿Dónde habia encontrado las fuerzas necesarias para resistir el peso de la armadura, para regir un corcel de batalla y para el formidable encuentro lanza en ristre contra otro caballero armado? En la educacion varonil que la habia dado su padre.

III.

Los moros españoles, cuya cultura, al leer sus códices, al examinar sus leyes, al ver la delicadeza, la belleza de monumentos tales como la Alhambra, refinamiento del lujo, del buen gusto y de la belleza, asombra; aquel pueblo galante, romancesco, hidalgo, simpático, por mas que fuese invasor de otro territorio y

enemigo irreconciliable de nuestros abuelos; aquel pueblo brillante como un meteoro, y que con la rapidez de un meteoro pasó por el inmenso espacio de la historia, dejando tras sí rastros de luz que aún brillan; aquel pueblo que no ha tenido semejante, que no ha dejado en la bárbara Africa mas que su religion y sus costumbres, en la parte social, habia conservado sin embargo, á pesar de la cultura de su civilizacion, toda la rudeza de las montañas del Mogrheb, de donde habia salido.

El enamorado caballero, el poeta, el refinadamente culto, el que parecia una delicada dama en el fondo de los encantados apartamentos del haren, el que parecia que no podia vivir sin aspirar los fragantes aromas de los pebeteros, el que se envolvía en sedas, el que suspiraba su amor al son de su guzla, cantando con la dulzura de una tórtola, el que adormecido por el opio hacia velasen su sueño encantadoras esclavas, el que parecia nacido para vivir dormitando en un ensueño del jardin de Hiran, en el momento en que retronaban llamando á la lid el añafil vibrante y el atabal sonoro, sacudia su pereza, trocaba la seda por el hierro, empuñaba la fuerte lanza, cabalgaba sobre el bridon indómito, se convertía en fin en el leon hambriento de matanza y de estrago de los ardientes arenales de donde habian salido sus abuelos: y una vez sobre el campo, á caballo, aspirando el aire de la campaña, era sóbrio, sufrido para la fatiga, para las inclemencias, para todas cuantas privaciones, para todos cuantos trabajos trae consigo la guerra.

Aun todavía, cuando os acercáis á Granada, veis sobre la altura las macizas torres, los fuertes muros rojos que parecen labrados en granito, coraza impenetrable del ya viejo é inútil centinela que velaba sobre Granada.

Y aquellas torres, aquellos muros; aquellos cubos, aquellas puntiagudas almenas, os dan la idea de la fuerza ruda, resucitan por analogía para vosotros aquella tremenda época de rudeza y de guerra continua, en que el labrador fronterizo llevaba la ballesta sobre la mancera de su arado, dispuesto siempre á resistir como un héroe una imprevista algarada.

¿Cómo presumir á la vista de aquellas para su tiempo formi-

dables defensas lo que ocultan dentro de sí! Pero entráis en la Alhambra, y os maravillan, os arroban, os enamoran aquellos bellísimos patios de galerías afligranadas, sustentadas por columnas de alabastro; aquellas cámaras maravillosas que arrojan de sí torrentes de languidez y de voluptuosidad, y la hada de la molicie y del amor que aún vive allí, estampa en vuestros áridos labios su húmedo y suspirante beso: estais dentro del símbolo de la religion, de las costumbres y de la civilizacion mora, y teneis que asomaros á un ajimez, tocar el áspero muro, ver debajo de vos los bastiones almenados, para comprender que tanta belleza, tanta delicadeza, tanta afeminacion, están tan inmediatamente unidos á tanta fuerza, á tanta rudeza, á tanta amenaza.

Parece como que la Alhambra, al que penetra en su interior, le dice: Vive, goza con tu materia, con tu espíritu, con tu sér entero. Y que su exterior, trasladándonos á otros tiempos, intima altivo y feroz la muerte al que se atreva á acercarse á los muros con intencion de escalarlos ó aportillarlos.

Cuando nosotros nos hemos puesto en esta situacion, en medio de un sueño de lo pasado, han herido nuestros ojos los vivos destellos del sol sobre bruñidos arneses; hemos visto tras cada almena el fantasma de un feroz guerrero; hemos oido el chasquido de la ballesta, el fragor del combate, el golpe en los muros de la pelota de piedra lanzada por la catapulta; hemos visto bambolear la larga escala, y caer con horrendo espectáculo á la profunda cava los soldados que cargaban la escala; hemos comprendido en fin lo formidable, lo inespugnable de la vieja y mutilada Kasbá granadina, la que tiene por entrañas jardines y estanques, y galerías, y retretes que realizan las soñadas descripciones de las leyendas orientales.

IV.

Y así era tambien la dama mora: idilio del amor y de la hermosura, preciosa joya viviente, hechura de Dios, guardada, ve-

lada, secuestrada para el misterioso amor de un hombre celoso, enriquecida con la púrpura, las perlas, el oro y la pedrería; indolente, sumisa, delicada, resignada á su jaula magnífica y á la monotonía de un amor sin celos, sin pruebas, sin combate.

Pero esta dama soñada, esta dama creada para todas las delicadezas de la vida, tenia en sus venas la sangre de fuego de sus abuelas las hijas del desierto: esta dama oia con mucha frecuencia desde su lecho perfumado el embate formidable de la guerra, que como una tormenta de muerte y sangre envolvía el alcázar, dentro del cual existia su oriental retrete.

Muchas veces un venablo gigantesco lanzado por la balista penetraba fragorosamente por el cerrado ajimez, rompiendo su feble celosía, sus hojas de alerce labrado, sus vidrios de colores, y destruyendo sobre su mismo lecho alguna bella hajaraca, alguna frase de una sura del libro de Dios, ó dejando cojo algun verso de una inscripcion amorosa.

Asistia á las justas, y veia morir sin estremecerse uno y otro caballero; y la feroz lidia del toro acababa de acostumarla á ver sin conmoverse la efusion de sangre y el horror de la agonía.

En aquellos tiempos la guerra estaba en la atmósfera, y con la guerra todos sus horrores.

V.

Las mas altas princesas eran las mas fuertes, porque se las educaba para que lo fuesen.

No habia rey moro que pudiese contar de seguro con la estabilidad de su dominio.

Sobre el poder de los reyes está el poder de Dios. Mahoma lo dijo, y lo consignó como un precepto divino en el Koran: no hay mas Señor que el Fuerte; él da los imperios y él los quita; él solo es el vencedor; los que vencen, vencen en su nombre y son su brazo; el califa es el vencedor: de modo que, por este princi-

pio teológico del Koran, la legitimidad, la sucesion, no existian sin la fuerza, esto es, sin Dios: de tal modo, que un hombre de nacimiento oscuro se sublevaba ayudado por algunos otros hombres, vencía al walí que salía á su encuentro representando al rey, aumentaba su ejército, se ponía al fin frente á frente del califa, le vencía, le cortaba la cabeza, se ceñía su ensangrentada corona, y reinaba legítimamente por el derecho de la victoria.

De aquí la continua guerra civil de los moros, su desmembracion en pequeños estados, y su destruccion por los heróicos esfuerzos de los españoles solariegos que no cesaban en su gran tarea de reconquista.

VI.

Cuando nació la infanta Zayda Fatima, el rey su padre llamó á sus astrólogos y les mandó leyesen en el libro del destino el horóscopo de su hija y la levantasen figura.

Velaron muchas noches los sabios, consultaron las estrellas, hicieron cálculos sobre los signos de sus astrolabios, observaron el vuelo de las aves agoreras, preguntaron á los muertos evocando sus sombras, preguntaron á los árboles, á las rocas, á las corrientes; hicieron cuanto les fué posible hacer, usando de la astrología judiciaria, de la nigromancia, de la geomancia, y despues de sesudas y largas especulaciones, dijeron al rey Mojammet, despues de llamarle con todos los pomposos adjetivos y calificativos de costumbre:

—El destino de la infanta Zayda Fatima, con tristes hadas nacida, es oscuro y tormentoso: que no ame, señor, porque si ama, su vida será funesta y azarosa, y habrá menester de toda la fuerza que Dios da á sus elegidos para sostenerlos en la lucha.

Y por mas que el rey quiso que los sabios aclarasen sus palabras, estos se parapetaron con que nada mas les habian dicho las estrellas y los muertos y las peñas y las aguas, y el rey hubo de contentarse con lo que le dijeron, y se propuso prepa-

rar á su hija en cuanto le fuese posible para aquella vida de azarosa lucha que los sabios la habian predicho.

VII.

Preparóla en cuanto tuvo uso de razon para un ascetismo rígido, y consagró como sabemos su castidad al Señor. Esto era lo mas á propósito para prevenirla contra el amor humano, que segun los pronósticos de los sabios, debía serle tan funesto.

Pero como los agüeros eran inciertos, como podia suceder muy bien que, á pesar de su ascetismo amase, y como habian dicho al rey que si llegaba este caso la infanta necesitaria una gran fuerza para la lucha, el buen rey se propuso hacerla fuerte, y al efecto, desde muy niña, la ocupó en ejercicios varoniles.

Creemos que no necesitamos justificar mas la situacion de fuerza en que hemos presentado á la infanta Zayda Fatima: la hemos visto impávida en el Alcázar de los Mármoles en el momento de la traidora sorpresa del infante don Juan; la hemos visto evadirse con la energía de un hombre de la casa fuerte de los Cigarrales; la encontramos al fin al frente de una banda de bravíos aventureros, haciéndose respetar de ellos por haberlos hecho testigos de la muerte que con un solo encuentro dió á su capitan.

VIII.

Y ya antes de ser arrancada de su retiro, la infanta habia cabalgado en potros salvajes, habia roto mas de una lanza contra los pajes del rey su padre, habia perseguido al fiero javalí en las ásperas cortaduras de Sierra-Nevada, y aun habia asistido alguna vez á una batalla al lado del rey Mojammet.

Nada, pues, de extraño tenia lo que hemos dicho de ella: nuestra conciencia de escritores nos ha obligado á ser algo difusos para que no se crea inverosímil este personaje, aunque nos hubiera bastado citar como símiles comprobativos á doña María la Brava, la de Salamanca, que encerrándose en una habitacion con los matadores de sus hijos, acabó con ellos á estocadas; á doña María Teresa Pacheco, que un año despues de muerto su esposo Juan de Padilla, fué el bravo general de los Comuneros, y supo burlar, en fuerza de energía, la invencible fuerza del gran Carlos V huyendo á Portugal; á aquel bravo alférez de Pizarro, que murió en el Perú, y del cual no se supo que era mujer, y monja, hasta despues que murió; á María de Zaragoza, la heroina de la batería de Santa Engracia, y á otras tantas que seria prolijo enumerar.

Para los que conocen la historia, nada hubiéramos tenido que decir: la presentacion de una mujer fuerte no es mas que una nueva escepcion comprobada por otras muchas escepciones; pero nosotros escribimos para todo el mundo, y hé aquí la causa de nuestra digresion.

IX.

La sultana Zayda Fatima era lo que el alcázar moro donde habia nacido: una delicadísima belleza dentro de una armadura de guerra; un eden de delicados y puros sentimientos, defendido por una fuerza bravía; era un símbolo viviente de las creencias y de la manera de ser de su raza.

Continuemos.

CAPITULO VI.

DE LA MALA AVENTURA QUE LE ACONTECIO AL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

I.

No tuvieron que esperar mucho tiempo los aventureros á que los llamase la bocina de su capitan, ni la infanta Zayda Fatima pudo pasar en su monólogo mas allá del punto donde le dejamos, y en el cual fué cortada por el ruido creciente de la carrera á rienda suelta de dos caballos que se acercaban.

Zayda Fatima se puso de pié y adelantó hácia el camino.

Poco despues llegaron los dos aventureros que habia destacado para que el camino reconociesen.

—¿Qué sucede? dijo Zayda Fatima en cuanto se detuvieron junto á ella.

—Sucede, capitan, dijo uno de ellos, que cuando llegamos á los peñascales y al mismo punto donde está enterrado Pero Rojo, como nos hubiésemos detenido para escuchar, á fuer de buenos ojeadores, oimos á lo lejos son de arneses y marcha de